

INTRODUCCIÓN

Raúl Fornet-Betancourt

Independientemente del juicio que nos merezcan los acontecimientos del once de septiembre de 2001 y, sobre todo, de la opinión que mantengamos en lo referente a la cuestión del significado que hay que concederle a ese acto de terrorismo cuando se le sitúa en el marco de la historia universal, me parece que se puede convenir en el reconocimiento del hecho de que a partir de esa fecha la situación política mundial está experimentando realmente un cambio de gran envergadura.

Para comprobarlo, pienso, basta con observar las estrategias actuales de reestructuración de las relaciones internacionales desde las pautas de una “guerra ideológica”, cuya concepción no esconde ni disimula la voluntad de controlar totalitariamente el desarrollo futuro de la humanidad en cualquier rincón del mundo.

Y son muchas y muy variadas las manifestaciones concretas que se pueden citar como ejemplos que ponen en evidencia, además, el verdadero carácter y el amplio alcance de este cambio en la situación política mundial. De entre ellas, quiero mencionar aquí las siguientes:

- La creciente militarización de la política internacional,
- la subsiguiente degradación de instituciones político-jurídicas internacionales a la categoría de meros gestores o secundantes de la estrategia de dominación global (externa e interna) de la única gran potencia militar del presente,

- la desestabilización y el “castigo” de países y pueblos a los que se les considera “sospechosos”,
- la abierta y sistemática difamación criminalizante de proyectos alternativos, o
- la vigilancia permanente y continuada de los ciudadanos y los espacios públicos de los ciudadanos y los espacios públicos de la sociedad civil por los órganos de la policía y de los servicios de espionaje.

Creo, por tanto, que, con independencia —insisto— de la valoración que hagamos de los acontecimientos del once de septiembre de 2001, hay razón para hablar de que a partir de esta fecha se produce un giro histórico en la política internacional que, por su carácter y alcance, está agudizando peligrosamente la ya crónica situación de desequilibrio en el mundo.

Para nosotros, como grupo de reflexión crítica comprometido con el diálogo Norte-Sur justo, en tanto que vía pacífica para desenmascarar y desmontar las asimetrías de poder que desequilibran el mundo, este cambio en la situación política internacional significa que el IX Seminario Internacional del Programa de Diálogo Norte-Sur, con cuyos trabajos comenzamos hoy, tiene lugar en un contexto mundial que ha cambiado sensiblemente.

Es decir, que tenemos que empezar por hacernos cargo de que, desde el último seminario celebrado en octubre de 2000 en Bremen¹, Alemania, hasta hoy, las condiciones políticas, pero también económicas, religiosas y culturales para el diálogo Norte-Sur han empeorado, porque las asimetrías de poder en el mundo se han agravado todavía más y, acaso, especialmente porque Occidente parece traicionar de nuevo su herencia más lúcida y crítica que ha sabido formular valores universalizables, como los ideales de la justicia y de la igualdad o de la tolerancia y los derechos humanos, para recaer en un fundamentalismo de cruzada “civilizatoria” que, amparado en la supremacía de la tecnología militar de la superpotencia que lo gobierna, globaliza la guerra contra los “malos”, que son, en el fondo, todos los que todavía se atreven a imaginar un mundo alternativo y a contradecir el curso dominante de las cosas afirmando, como en el Foro Social de Porto Alegre, que otro mundo es realmente posible.

Hablamos de diálogo Norte-Sur, por tanto, en un contexto políticamente endurecido; es más, en un contexto altamente polarizado en el que Occidente vuelve a sacar de su cámara de horror el “argumento” más fundamentalista de su historia para justificar el castigo de todos aquellos que se levanten contra su orden, a saber, el deicidio. Occidente se redimensiona como Reino del Bien, como Reino de Dios, es decir, como Reino de los seres humanos “serios”, “respetables” y de “derecho divino” —como diría Sartre²—, y declara “deicidas” cuantas acciones puedan poner en peligro el orden de su sistema.

Pero el “argumento” del deicidio no es argumento. Occidente lo ha manejado siempre como una acusación que señala el final de todo diálogo y el comienzo de la destrucción del deicida. Esto explica precisamente que en Occidente sea frecuente —y no sólo en nuestros días— que la *ultima ratio* de su política no sea ninguna “razón” ni ningún argumento, sino la guerra.

Para nosotros es sumamente importante saber hacernos cargo de este cambio en las condiciones del diálogo Norte-Sur, pues entiendo que se trata de un proceso en marcha que incide directamente en el tema que hemos escogido como centro de los análisis y del debate en el presente seminario. Nuestro tema reza: “Teoría y práctica de la democracia en las culturas”.

Y recuerdo que, cuando en la sesión de clausura del VIII Seminario Internacional del Programa de Diálogo Norte-Sur en Bremen, nos decidimos por este tema, lo hicimos como resultado del consenso logrado en torno a la idea de complementar el debate intercultural sobre los derechos humanos sostenido en los dos últimos seminarios con un debate sobre la democracia que recogiese el potencial crítico de teorías y prácticas occidentales alternativas que subrayan la necesidad de democratizar y de desprivatizar la democracia occidental en base, por ejemplo, a la exigencia de reestablecer el primado de la política, al reconocimiento de las reivindicaciones del movimiento feminista, de las demandas de los inmigrantes o de los derechos de las minorías en general; pero que supiese, al mismo tiempo, superar ese horizonte y replantear la cuestión de la democracia desde una perspectiva intercultural para iniciar así un debate sobre la democracia en el que la discusión sobre las posibles formas de realización del ideal democrático del “gobierno del pueblo” o “autogobierno” no se plan-

tea en términos de una contrastación dualista entre Occidente (como lugar de nacimiento de tradiciones democráticas) y el resto del mundo, esto es, entre *la* democracia (de la cultura occidental) y las otras culturas de la humanidad, sino en el sentido de un diálogo entre las diferentes formas de la democracia o, dicho con mayor exactitud, entre las formas en que cada cultura genera y cultiva equivalentes de eso que asociamos con el ideal democrático o la idea de democracia.

Dicho en una fórmula sintética: Democratizar la democracia implica también culturizar la idea de la democracia, para no verla sólo desde el marco de los estados nacionales y sus constituciones, sino precisamente desde las diferentes matrices culturales y sus exigencias para el ordenamiento de la convivencia político-social.

La elección del tema y del enfoque para tratarlo respondía, por tanto, al interés común por iniciar un debate que abriese pistas para la tarea de una transformación intercultural de la idea de la democracia, entendiendo dicha tarea en el sentido concreto de un programa de intercambio intercultural que hiciese posible redimensionar el ideal democrático desde las prácticas de convivencia política y de ejercicio del poder en las diferentes culturas de la humanidad.

A este interés obedece en gran medida el programa previsto para este IX Seminario Internacional del Programa de Diálogo Norte-Sur. Y estoy seguro de que las ponencias que oiremos nos ofrecerán, desde distintas perspectivas y contextos, bases sólidas para el debate común sobre las posibilidades actuales de redimensionar interculturalmente la idea de la democracia. Y estoy seguro, también, de que nuestras discusiones nos ayudarán a comprender que la tarea de redimensionar la democracia desde el horizonte de la pluralidad cultural no implica simplemente el momento de ampliar la idea occidental de la democracia, sino que representa, sobre todo, el desafío de recrear la idea de la democracia desde el respecto y el reconocimiento de la diversidad político-cultural de los pueblos.

Se trataría de comprender, por tanto, que nuestra tarea es la de contribuir a reconstruir la idea de la democracia como expresión real de la diversidad cultural y como un instrumento al servicio de la misma.

Este programa de trabajo no ha perdido nada de su actualidad. Es posible, incluso, que hoy sea todavía más urgente y necesario que

cuando lo propusimos en la clausura del VIII Seminario en Bremen. Justo hoy parece evidente que el camino de la humanidad hacia la realización del ideal de la convivencia entre comunidades diferentes en un mundo justo y equilibrado en sus relaciones internacionales pasa necesariamente por la tarea de repensar la democracia en clave intercultural.

Y la elección de este tema para el presente seminario —como creo que también conviene subrayar—, habla a favor de nuestro programa de diálogo, en el sentido de que indica que es un grupo que trata de tomarle el pulso a su tiempo y de hacerse cargo de los desafíos más prioritarios con que nos confronta.

Mas, por otra parte, creo que el cambio que se ha dado en la situación política internacional en los últimos meses, nos obliga, no a reformular, pero sí a recontextualizar el tema de nuestro debate.

Con esto quiero decir —y por eso, nuestra mención expresa de algunas de las manifestaciones concretas que ilustran el cambio de la situación política mundial después del once de septiembre de 2001— que tenemos que tomar conciencia de que nuestro intento de contribuir a la transformación intercultural del ideal democrático de “poder popular” y de “autogobierno” (haciendo valer justamente las formas específicas de democracia en otros matrices culturales) representa una tarea que hay que llevar a cabo en un medio altamente adverso, pues proponemos este debate intercultural sobre la democracia en un contexto internacional en el que se da un claro retroceso del espíritu de diálogo y de tolerancia. O sea, que el contexto de nuestro debate no es el diálogo entre culturas, sino, más bien, un mundo amenazado por la expansión global del nuevo totalitarismo pujante.

En este sentido, recontextualizar nuestro debate quiere decir simple y llanamente, no ser ingenuos creyendo que los tiempos que corren son favorables a la realización de los derechos que, con todo derecho, defendemos. Pues, a pesar de la retórica diaria de los que se autoproclaman paladines de la libertad y la democracia, la militarización de la política internacional por el “eje del capital” pone en evidencia la bancarrota de la democracia en gran parte de Occidente. Lo que significa que es la idea misma de la democracia como programa para una humanidad que no renuncia a la esperanza de convivir con justicia e igualdad, lo que hoy está realmente en juego. Acaso, por

esto, nunca antes haya sido el ideal democrático tan subversivo como hoy, ¡también en Occidente!

Teniendo en cuenta este contexto internacional, recontextualicemos nuestro debate, y preguntemos concretamente cómo el análisis y el intercambio entre los diferentes usos del ideal democrático en las culturas de la humanidad nos puede ayudar a redimensionar culturalmente la idea de la democracia para hacer de ella una idea rectora universalmente de actividades de resistencia ante el totalitarismo que nos amenaza.

Creo que esta pregunta podría ser el hilo conductor para un debate sobre teoría y práctica de la democracia en las culturas que no olvide el mundo político en que tiene lugar.

NOTAS

1. Cfr. Raúl Fornet-Betancourt (ed.), *Begründungen und Wirkungen von Menschenrechten im Kontext der Globalisierung. Dokumentation des VIII. Internationalen Seminars des Dialogprogramms Nord-Süd*, Frankfurt/M 2001.
2. Cfr. Jean-Paul Sartre, *L'être et le néant*, París, 1973; *Saint Genet, comédien et martyr*, París, 1952; y *Cahiers pour une morale*, París, 1983.